

reglas prescritas por san Pablo. Murió ésta tres días ántes que el Santo, y dejó una hija que, despues de contraer matrimonio y de tener una hija, abrazó, lo mismo que su marido, la vida religiosa. El fué elevado al diaconado, y ella llegó á una grande perfección en el monasterio en que se había retirado. De esta manera, según hace notar su historiador, este Santo que tan fielmente había imitado las virtudes de san Antonio, tuvo, como éste, una hermana única, que se consagró al Señor, y tuvo también la dicha de contemplar á este santo patriarca en una visión, en medio de los Apóstoles, y de recibir su santa bendición. Es de creer que san Hipaco muriese el año 446, acerca de lo cual puede verse á los Bolandistas.

DISCIPULOS Y DOCTRINA ESPIRITUAL DE SAN HIPACO.

San Hipaco tuvo cien discípulos, cincuenta de los cuales le sobrevivieron. Quedaron estos muy unidos entre sí, y continuaron conduciéndose cual si su padre estuviera presente, y recordando sin cesar las excelentes instrucciones que les había dado. De esta manera su monasterio fué objeto de edificación, y glorificó mucho al Señor con la exactitud que se observaba en el oficio divino y con la práctica fiel de la regla.

El ejemplo de sus virtudes, así como sus conmovedoras exhortaciones y sus extraordinarios milagros poblaron el monasterio. Su historiador cita entre sus discípulos á Aquila, que, habiendo sido casado, vino á ponerse bajo su dirección, llevando á cinco hijos, que quisieron seguir su ejemplo,

así como á una esclava, que habitó en una celda inmediata al monasterio, y en que se santificó con los ejercicios de piedad. Entre sus hijos se distinguió uno llamado Benjamin, que en poco tiempo hizo grandes progresos en la virtud, y se preparó santamente para el cielo. Habiendo caido gravemente enfermo el Santo, se afligió de tal manera este jóven, que rogó fervorosamente al Señor morir en lugar de este santo abad, que tan útil era para los religiosos y para los pobres. Dios escuchó su oración, pues murió despues de tres dias de enfermedad. En cuanto á Aquila, llegó á una edad muy avanzada, y se hizo digno de elogio por la regularidad de su conducta.

Monaxo, consular muy poderoso, tuvo cuatro hombres de su comitiva, que le abandonaron para hacerse monjes bajo la disciplina del Santo. Envió al punto emisarios para que averiguasen su paradero, sobre todo el de uno de ellos que era pariente suyo, y á quien amaba entrañablemente. Apoderáronse de uno de ellos llamado Pablo, al que Monaxo hizo azotar y encerrar en una prisión; pero durante la noche un ángel le puso en libertad, y por este medio pudo unirse á san Hipaco. Supo, al fin, Monaxo en donde se hallaban, y envió á decir al Santo que se los devolviese; pero éste le respondió que no era justo quitarlos á Dios para entregarlos á él, y que, si quería usar de violencia, podía venir al monasterio para arrebatarlos del lugar santo en que habían querido refugiarse.

Semejante respuesta embarazó á este señor, al mismo tiempo que le habían infundido temor la libertad milagrosa de Pablo y la santidad de Hipaco. Tomó, pues, el partido de enviar algunos sacerdotes para que rogaran al Santo que se presentase á él. Excusóse en un principio, y aún se le aconsejó que no lo hiciera, no fuese que, una vez estando en su poder, lo encarcelase hasta hacerle entregar á sus cuatro servidores. Sin embargo, ninguna de estas consideraciones

le impidió ir, y Monaxo lo recibió con grandes muestras de consideración: pues en aquella noche, le dijo, había tenido un sueño, en el cual le parecía haberle visto entrar en su casa y hacer oración. Persistió, no obstante, en su demanda, y le relató con grande elocuencia los hechos que había realizado en las tres veces que había ejercido la prefectura de la ciudad.

Viéndole san Hipaco tan obstinado, se afligió en extremo y le dijo: « Si en este asunto no juzgais sino con arreglo al espíritu del mundo, vuestros servidores, á quienes he dado acogida, deben volver á vuestras órdenes; pero si juzgais según el espíritu de Dios, se han hecho siervos del Señor universal á quien vos debeis acatar. Si quereis retirarlos de este soberano Señor para apropiároslos, temed que os hagais merecedor de su justa cólera. » Conmovido Monaxo con esta respuesta, y temiendo las amenazas que se le hacían, le dijo: « No quiero, Padre mio, oponerme á los divinos designios: estoy muy satisfecho de que se hayan consagrado al servicio del Señor. Bendecid mi casa y mis hijos, y orad por nosotros: en adelante no os causará aflixión este negocio. » Despues de darle el Santo la bendición que deseaba, se retiró á su monasterio.

Podemos también colocar en el número de sus discípulos á cuatro personajes, que con sus oraciones ganó para el Señor, y que, sin haber tomado el hábito religioso en su monasterio, vivieron juntos bajo su dirección en el ejercicio y fervor propios de los santos monjes. Hé aquí como refiere este hecho su historiador. « Un buen abogado y fervoroso cristiano contrajo estrecha amistad con el Santo á causa de su insigne piedad, y hablaba frecuentemente de él á tres hermanos que tenía y que, como él, frecuentaban el foro. Dos de ellos no estaban bautizados, y deseaban visitar al Santo. Los llevó su hermano, y quedaron encantados de oírle hablar con tanta unción de las

cosas santas. Uno de ellos, como para ver lo que respondía, le dijo: « Padre mio, hay una doncella muy virtuosa que desea que le hagais un presente, el cual podremos llevarle nosotros. »

Ilustrado el Santo con una luz celestial, le dijo: « No es costumbre mia hacer presentes á las doncellas; pero yo quiero recibir uno de vuestra parte. » Penetraron su pensamiento, y recibieron el santo bautismo. Esto era precisamente lo que el Santo pretendía. Dió al Señor humilde acción de gracias, y les dió los libros necesarios para que se instruyesen en los deberes de un buen cristiano, y se dispusiesen al sacramento de la regeneración. Díjoles también, aludiendo á los cuantiosos bienes que poseían: « Trabajad todos los dias en la salvación de vuestras almas: pues esto es lo único que os quedará despues de esta vida; mientras que los tesoros que poseeis, los habeis de dejar en la tierra. »

Les confirió el santo bautismo, que uno de ellos recibió con tanta abundancia de gracias, que, hallándose ántes enteramente consagrado á los negocios mundanos, sintió desde entónces su corazón tan desprendido de las cosas de la tierra, que hubiérase dicho que se había trasportado al cielo. Casi no sabía otra cosa que orar, gemir y llorar en la presencia del Señor. El espíritu de compunción de que estaba penetrado edificaba admirablemente á todo el monasterio.

Hubiera deseado el Santo tenerle á su lado; pero le dijo que quería volver á su casa para convertir á su mujer. Anuncióle el Santo que muy pronto sería ordenado sacerdote, como así se realizó. Una vez revestido del carácter sacerdotal, miró á su mujer cual si fuese una hermana, é imitó las virtudes del Santo, pidiéndole que le pusiese por escrito la regla que había de seguir. Practicó esta regla con tanta exactitud, que admiraba y edificaba á todos con

su fervorosa piedad. Habiendo sido elevado poco tiempo despues su hermano al sacerdocio, vivieron juntos, sirviendo á Dios con toda fidelidad.

Un secretario del prefecto, llamado Egercio, que aún era pagano, perdió unos papeles de importancia. En el disgusto que experimentaba oyó hablar del Santo, y vino á postrarse á sus pies, diciéndole : « Rogad, Padre mio, para que yo encuentre mis papeles, y prometo hacerme cristiano. De otra manera me encuentro perdido : tendré que huir, ó seré condenado á muerte. » Exhortóle el Santo á que pusiese su confianza en el Señor, y oró por él. « Volveos, le dijo, y en el camino encontrareis á un hombre, el que os dará la buena nueva de haberse encontrado vuestros papeles : no olvideis que habeis prometido á Dios haceros cristiano, y cumplid vuestra promesa. » Apénas había caminado una legua, vió venir á uno de sus criados, que se apresuró á participarle que se habían encontrado los papeles. El gozo que esto le produjo le hizo volver para dar las gracias al Santo. No sólomente quiso ser bautizado, sino que le rogó que le vistiese el hábito monacal, é hizo renuncia de su cargo. Poco despues se le encomendó por el Santo el cuidado de recibir en el monasterio á los religiosos extranjeros y á los pobres, cuyo cargo ejerció con grande caridad.

Se cuenta también entre sus discípulos á un hombre llamado Macario, que, habiendo recibido el santo bautismo, le rogó que lo admitiese en su comunidad. En un principio demostró mucho celo y muy buena voluntad, pues él solo hacía el trabajo de cuatro, y en todos los oficios suplía á los demás, lo cual no impedía que recitase dos veces cada dia todo el salterio. Era tan grande su caridad, que se olvidaba de sí mismo para buscar el bién de sus hermanos ; pero despues de haber perseverado durante dieciocho años en este estado, el demonio, que encontró en

él una funesta predisposición á la vanidad, le inspiró la ilusión de haber llegado á más perfecta virtud que los demás. Esta vana presunción fué apoderándose de su alma, hasta precipitarle en la locura.

Los consejos de san Hipaco no hicieron en su ánimo impresión alguna ; ántes por el contrario, resolvió dejar el monasterio, por más que sus hermanos, que le veían caminar á su perdición, quisieron detenerle con sus lágrimas y ruegos. Cuatro años perseveró en este miserable estado, y en este tiempo murió san Hipaco ; pero un año despues fué acometido de una enfermedad peligrosa, que le hizo entrar en sí mismo. Sus hermanos le recibieron nuevamente, y le trataron con la más grande caridad. Ochenta dias estuvo sin tomar alimento alguno, y durante este tiempo sentía como si desgarrasen su cuerpo con grandes golpes, exclamando incesantemente : « ¡ Desgraciado de mí, que he despreciado á mi padre Hipaco ! » Al fin exhaló su espíritu en medio de los más acerbos dolores, y dejando á sus hermanos un ejemplo memorable de la necesidad de ser humilde, por muy grandes que sean los progresos que se hayan hecho en la virtud.

La vocación de Elpidio, otro discípulo del Santo, fué muy maravillosa. Era idólata, y habitaba con otros cuarenta que profesaban sus mismas supersticiones, á tres jornadas del monasterio, en donde ejercían las prácticas de su abominable culto, no obstante la prohibición de los emperadores ; pero Elpidio que quería hacerse cristiano, rehusaba tomar parte en ellas, lo cual dió motivo á que los demás le castigasen y vejasen, diciéndole : « Mira de que te sirve el Cristo de los cristianos. » Súpolo san Hipaco, y le envió algunos emisarios y un caballo, para que lo trajesen á su lado, pues no se hallaba en estado de caminar á causa de los golpes que había recibido. Le acogió con su acostumbrada caridad, limpió sus llagas, las curó, y en seguida

le dió el santo bautismo y el hábito monacal. Tres años perseveró Elpidio en este estado observando la regla con grande piedad, y al cabo de este tiempo murió con la muerte de los justos. En cuanto á los demás idólatras, san Hipaco los exhortó á la conversión y á la penitencia, si no querían experimentar los efectos de la cólera divina; pero obstinándose en su idolatría, no tardaron en ser castigados, pues al poco tiempo se hundi6 la casa en que vivían: algunos de ellos fueron poseidos por el demonio, que les hizo perecer con una muerte cruel: otros fueron dispersados, y todos sufrieron la desgraciada suerte que el Santo les habíá predicho.

Antioco, personaje muy estimado en todo el país, fué por esta misma causa objeto de la envidia de algunas personas, que se valieron de maleficios para perderle, y el demonio le hizo sufrir tan cruelmente, que no podía vérselo sin experimentar compasión. Cincuenta dias estuvo sin poder reposar un solo instante, y dando continuamente espantosos gritos. En vano se le llevó á diferentes oratorios: Dios quería servirse de san Hipaco para su curación. Una vez obtenido este beneficio por sus oraciones, no se limitó Antioco á manifestarle su gratitud, sino que quiso recibir el hábito monacal, y abrazó la santa observancia con tanto celo, que hizo grandes progresos en la virtud, y fué uno de los discípulos más queridos del Santo.

Lo mismo sucedió á otro llamado Dionisio, á quien el Santo libró del demonio. Su curación le determinó á dejar el mundo para abrazar la vida religiosa, en la cual pasó el resto de su vida bajo la dirección del santo abad. Por el contrario, otro á quien el historiador no nombra, y que era albañil de profesión, sufrió el castigo de su infidelidad. Viendo la virtud eminente de san Hipaco, habíá prometido á Dios hacerse monje; pero muy pronto se olvidó de su promesa, y Dios hubo de castigarle privándole de la vista.

Se presentó nuevamente al Santo y confesó su falta, pidiéndole ser curado. El santo abad oró por él, y fué oido. Esta gracia milagrosa debiera haberle movido á cumplir su voto; pero fué ingrato, y poco tiempo despues fué sepultado bajo las ruinas de un edificio que estaba construyendo, quedando tan destrozado su cuerpo, que no pudo encontrarse uno solo de sus huesos.

El historiador del Santo alaba á otro de sus discípulos, llamado Polícrono, que, aún siendo seglar, practicó muy buenas obras. En este tiempo tuvo una úlcera en el pié derecho, que parecía incurable, y vino á pedir su curación al Santo, hallándose resuelto á hacerse religioso, si Dios escuchaba sus votos. San Hipaco, que no ignoraba el bien que hacía en el mundo, rehusaba admitirlo, para no privar al público de sus obras de caridad. Díjole, pues, que reconocería que su vocación al estado monástico procedía de Dios, si era oída la oración que habíá hecho por la curación de su pié. Dios escuchó favorablemente su oración: Polícrono fué curado, y admitido en el número de los monjes, entre los cuales vivió como muy buen religioso.

Los griegos hacen mención en sus *Méneos* de un asceta ó religioso llamado Juán, que vivió santamente en el monasterio de Rufino; pero ignoramos la época en que vivió, y no podemos contarle en el número de los discípulos de san Hipaco.

Expongamos ahora algunas de las instrucciones que daba á sus religiosos.

Un día les decía: « Sabed, hermanos míos, que un monje debe aplicarse principalmente á tres virtudes, que son las fundamentales de la vida religiosa. La primera es la renuncia á su propia voluntad: la segunda una perfecta sumisión á la de su superior, y la tercera una total entrega á Dios: porque él ejerce un cuidado especial sobre noso-